

RAÍCES

Me llamo Centro de Educación de personas Adultas Castillo de Almansa, aunque, como fruto de la economizante moda inglesa de reducir los nombres a siglas y a acrónimos, me llaman CEPA. Ahora me he acostumbrado, pero antes sufría cuando en clase tocaba trabajar las familias de palabras. Bueno, no es momento de reproches, acabo de cumplir 40 años y estoy en la flor de la vida. Nadie en mi familia, que viene dedicándose a la labor de instruir adultos desde hace unos 140 años, hubiera imaginado que yo, siguiendo esta tradición familiar, llegaría a gozar de una posición tan privilegiada.

Según me contó mi madre, mi clarividente abuela vio la necesidad de que las personas adultas supiesen leer –no más de tres de cada diez eran capaces de hacerlo- y, con la ayuda de algún mandamás, pudo ponerse manos a la tiza. Mucha palabrería pero pocas perras. La municipalidad la ubicó en un cobertizo y, ocasionalmente, daba una pequeña gratificación a un maestro voluntario. El buen hombre, a pesar de echar más horas que un reloj, era objeto de mofa en los refranes populares debido al hambre que pasaba.

Mi abuela se lamentaba de la doble discriminación existente. Decían que había que instruir para salir de la miseria, pero a ella no le llegaban más que jovenzuelos pobres que no habían pisado una escuela y que, como trabajaban de sol a sol, a veces se quedaban dormidos. Por otra parte, las chicas solo iban los domingos con una virtuosa señorita que les enseñaba Moral y algunas labores. Cuando por fin –con la República- parece que iban a cambiar las cosas un poco, llegó el sinsentido de una guerra que no dejó títere con cabeza.

Pasados los primeros años de una posguerra en la que las barras de pan y los iletrados abundaban en proporción inversa, a mi madre se le ofreció la posibilidad trabajar en unas campañas que pretendían enseñar las primeras letras y las cuatro reglas a las personas adultas. Le dijeron que se centrase en las mujeres porque los hombres ya aprenderían en la “mili”. Así que, cuando el pregonero anunciaba con un bando el comienzo de “la campaña”, las mujeres que estaban censadas como analfabetas debían cambiar la tabla de lavar, la plancha de carbón, o la esportilla de múltiples usos por el lapicero.

Mi madre me hablaba con especial cariño de la segunda aula que le asignaron –dice que era muy representativa de los cambios pedagógicos que

comenzaban a circular-. En su opinión, aunque resultaba algo tétrica por ser muy alargada y tener únicamente tres ventanucos que daban a un angosto patio interior, presentaba la novedad de que la mesa del maestro había abandonado el estrado de madera situado en la cabecera del aula –reconocible además por una cuarteada banda negra pintada en la pared que hacía las veces de pizarra-, para pasar a estar situada en mitad de la sala entre los destartalados pupitres bipersonales. Junto a la mesa había una “bendita” vara de palma, regalo del Ayuntamiento a los más egregias personalidades del municipio con motivo de su participación en la Procesión de las Palmas, y que, una vez el maestro había repartido las hojas entre los niños para que con imaginación y habilidad las transformaran en ardachos, flores o castillos, le posibilitaba llegar con comodidad a cualquier alumno y darle unos sutiles toquecitos con efectos balsámicos.

Me encantaba que me contase anécdotas. Me resultó especialmente chocante una en la que una mujer, al parecer soltera, se presentó ya iniciada la clase –que era nocturna- entre gritos y lamentos, supervisada por un alguacil y acompañada de un niño de unos tres años. La mujer gritaba airadamente: *“Yo no pueo dejar abandonao a miantoñico, en mi casa no hay naide... Y tengo que ganarme la vida”*. Pasado un rato, cuando el maestro -armado de comprensión y de paciencia- había logrado una cierta normalidad y el grupo estaba cantando melódicamente la tabla de sumar del tres, resonó trágica la voz de la citada mujer: *“ ¡Ay Señor! ¡El gorrinaaaco de miantoñico sa meao patabajo! ¡Menudo sofoco!* El maestro, tras liar un cigarro pausadamente, le mostró la puerta: *“No te preocupes. Mañana os espero otra vez aquí”*.

Mi madre se sintió muy esperanzada cuando, ya baqueteada, se aprobó una ley muy “progre”. Se quería hacer de la educación de adultos algo permanente, lo cual era más propicio que la actuación mediante campañas.

Alrededor de una década después nació yo. Corría 1982 y, aunque dicen que nací de pie porque vine en una época en la que la gente hablaba de democracia, de autonomía, de pluralidad, de modernidad, de que la educación tenía que ser a lo largo de toda la vida...; lo cierto y fijo es que en mis inicios las cosas cambiaron poco con respecto al momento en el que se jubiló mi

madre. Ella me alentaba diciéndome que estaban llegando más maestros y profesores, lo cual era señal de que me asignarían nuevas tareas. ¿Presentía el desafío de la alfabetización digital?

Tras dar muchos tumbos, he venido a parar a parte de lo que era la antigua casa de un aristócrata. Estoy solito y tan ricamente que espero que no me mareen con más cambios. Todo resulta alegre –aunque las escaleras me recuerdan a las de una discoteca– y con mucha luz. Las aulas, ¡qué hasta tienen aire acondicionado, ordenadores y proyector!, me enorgullece que lleven el nombre de mujeres célebres. Sobre las paredes cuelgan posters, carteles de películas y muchas fotografías de los viajes que se realizan. Resulta curioso observarlas porque, como algunos parecen ser los padres de otros, no se sabe bien si son viajes de familias o excursiones de un colegio.

Este sitio suele estar concurrido y a ratos resulta cosmopolita –y algo babélico-. Si mi madre levantara la cabeza y viera cosas como la pelea que mantienen algunos alumnos con el ratón del ordenador, el trajín de otros con una extraña maleta, o la notable presencia de mujeres, además de quedarse asombrada y reírse, le serviría de excusa para recordarme su vieja cantinela: *“Acuérdate, el día que a las mujeres les dejen...”*; sin embargo, su gran alegría sería ver a Antoñico –hasta hace poco tiempo le decían Don Antonio–, que se acaba de jubilar y le han regalado un “smartphone”. Se ha matriculado porque dice que está harto de tener que molestar a su nieta para saber manejarlo, además de que se ha decidido a afrontar “su reto” de iniciarse en el inglés. Se le ve muy animado y se interesa por conocer las historias de superación de algunos compañeros que, según le dicen, vinieron a sacarse la ESO y después han continuado enganchados a diversos cursos preparatorios, talleres o programas. Ha hecho nuevas amistades y se ha reencontrado con un viejo compañero de Universidad, con su enfermera, con un antiguo alumno que quiere mejorar su ocupación... El otro día me halagó que irónicamente le comentase a un excolega: *“En lugar de irnos a echar la partida seguimos aquí. No sé para qué nos hemos jubilado...”*

Hoy estoy muy satisfecho y no me preocupa mi futuro, aunque me inquieta que algunos políticos hiciesen novillos en las clases de Historia.